

El Señor, que primero le había inspirado el deseo de abrazar en general el estado eclesiástico, ahora lo llama claramente á la perfección evangélica en el estado religioso. ¡Con qué entusiasmo lo vemos escribir en uno de sus ejercicios de retórica estas ardientes palabras: *¡cuán bella es la cruz que se planta en tierras de infieles, y se riega con la sangre de los apóstoles de Jesús!* ¡Qué devoción nos causa el verlo leer la vida de San Vicente de Paul, é interrumpir la lectura para exclamar arrobado: *quiero ser uno de sus hijos!* ¡Cuán bien presente el futuro mártir su glorioso destino, al invocar de preferencia la intercesión del grande Apóstol de las Indias, Francisco Javier, cuando trata de entrar en la Congregación de San Vicente!

Detengámonos un momento á verlo en el noviciado. ¡Luis de Gonzaga, Estanislao de Kostka, Juan Berchmans! contemplad á Juan Gabriel Perboyre desde los altos tronos de gloria en que hace tiempo reináis, y decidnos: ¿No es discípulo digno vuestro y émulo de vuestra heroica santidad? Si esta flor lozana, destinada á ser trasplantada á los rojos jardines de la China, fuese tronchada al empezar la Primavera, como lo fueron las azucenas de vuestras vidas, no merecería ir á adornar igualmente el cercado huerto del Rey de los cielos?

Con razón uno de sus compañeros afirma que mientras vivió con él en el noviciado lo veneró y admiró sobremanera. Le causaba cierto despecho verlo tan perfecto, y lo espiaba, y aun á veces lo tentaba, ansioso de encontrar en él alguna mancha. ¡Vano empeño! De día y de noche, y á todas horas, halló siempre en su hermano el dechado más grande de virtudes que pueda en-

contrarse en esa escuela de santidad que se denomina noviciado.

Vedlo ya religioso profeso. Toca á su fin el año de 1820, y su alma pura se desposa con su Señor, pronunciando los irrevocables votos. De Montauban, donde ha residido hasta ahora, tiene que marchar á París, y debiendo pasar muy cerca de su nativa aldea, le propone el superior que se desvíe un poco del camino para dar á sus queridos padres el último abrazo. “No es este el camino del cielo,” responde. “Nuestro Padre San Vicente, añade, sólo una vez fué á ver á sus padres, y se arrepintió de este paso. Permitidme que ofrezca al Señor el sacrificio de no ver á los míos.”

Tres años le bastan para terminar sus estudios teológicos en París, y ordenado subdiácono, empieza la carrera del profesorado, á que parecen destinarlo sus superiores. Él quisiera ser misionero y derramar su sangre en la remota China; pero la obediencia refrena sus deseos, y después de enseñar gramática y filosofía, al ser ordenado presbítero en 1825, es nombrado catedrático de Teología en el Seminario Mayor de Saint-Flour.

Parece increíble que habiendo hecho sus estudios en tan pocos años, se remonte á tan sublime altura al explicar el dogma católico. Sus discípulos admiran su ciencia, aprenden fácilmente bajo tan hábil maestro, y alumnos y compañeros lo designan, como en otro tiempo en el noviciado, bajo el nombre de *santo*.

Nombrado Rector, todos admiran la justicia, el tacto, la dulzura de su gobierno, y aunque buscan en él defectos é imperfecciones, no pueden (según afirman) encontrar uno solo. Llamado de nuevo á París, se le encarga

el noviciado, y al mismo tiempo que se le confía la cátedra de Sagrada Escritura, se le confiere la difícil misión de formar á los jóvenes que deben pasar al extremo Oriente á predicar la fe de Jesús.

Permitidme que os llame la atención á un rasgo notabilísimo de esta parte de su vida. Brilla á la sazón en todo su esplendor el tristemente célebre Lamennais. Aun no condenado por la Santa Sede, aun no caído del alto puesto que su talento le ha conquistado, fascina á muchos con su brillante lenguaje, y no es (á lo que parece) el último de sus admiradores Juan Gabriel Perboyre. Pero en la oración le descubre el Señor el veneno que se oculta bajo tan deslumbradoras doctrinas; y cuando muchos sabios aun no se desengañan, el modesto profesor separa ya el grano de la paja y lo hace notar á sus discípulos y compañeros. Lo condena el Romano Pontífice, y él no sólo acepta sumiso las decisiones de la Sede Apostólica, sino que obliga á acatarlas á muchos eclesiásticos, á quienes parecen injustas ó severas en demasía las censuras fulminadas contra el sabio caído.

Entretanto, el fervoroso sacerdote padece los indecibles tormentos del que acosado por la sed, mira cerca el agua sin poderla gustar; del guerrero, que ansioso por esgrimir la espada en reñida batalla, manda al peligro á mil combatientes y él se ve forzado á permanecer ocioso en el tranquilo hogar; del marino que envía cien y cien buques á peligrosas expediciones, mientras él se queda en tierra á pesar de sus vehementes deseos de lanzarse al piélago misterioso. Cada día parten para esa China, objeto de sus aspiraciones, esos misioneros que él ha formado con tanto afán, ¡y él permanece en

Francia! Se hace á la vela con su hermano menor, aquel Luis á quien acompañó, tierno niño, al Seminario de Montauban; ¡y él se queda! En vano solicita el permiso de sus superiores. En vano ruega al Señor le conceda la realización de sus deseos. El cielo parece sordo á sus ruegos: y aunque lo favorece con altísimos dones, le cierra el camino del martirio. Su unión con Dios es grande; su espíritu de oración maravilloso; se le llega á ver elevado sobre el suelo en éxtasi profundo: y sin embargo, ¡no obtiene lo que pide! Su caridad para con los pobres es ardiente; su humildad sin igual; su castidad angélica: y con todo parece que el Señor lo destina únicamente á confesor y le niega la palma del mártir. Es que la altísima Providencia quiere que él la merezca, que no sea un dón del todo gratuito; que no parezca, si así puedo expresarme, un santo improvisado, sino que sea á todos manifiesto que el Eterno Padre lo ha predestinado para ser conforme á la imagen de su Hijo Jesucristo. Al fin, cuando ya está maduro para Apóstol y Mártir, el Divino Espíritu mueve de un modo maravilloso los ánimos de sus superiores, y el 21 de Marzo de 1835 se embarca en el Havre Juan Gabriel Perboyre con dirección á la China.

Adelantémonos al misionero, y transportándonos con la imaginación á Macao, que los Portugueses han conservado por siglos á las puertas del celeste Imperio, salgámosle al encuentro en medio de sus hermanos los hijos de San Vicente allí establecidos. ¡Con qué ansia reciben en la playa á los nuevos apóstoles! Sin embargo, al ver al Padre Perboyre, sus ojos experimentados no pueden menos que lanzarle una mirada poco satisfacto-

ria, en que se pinta la más amarga decepción. Se ve desde luego que su salud es delicada, y que un cuerpo tan frágil no podrá soportar las fatigas de la vida nómade del misionero, y menos aún los rigores de la persecución. Empiezan á tratarlo, y el desengaño es más palpable. Ninguna disposición tiene para aprender idiomas extraños, y aunque durante su larga navegación, y ahora en los meses que permanece en esta casa, se ha entregado con ahinco al estudio del chino, sus esfuerzos son vanos. Apenas logra balbutir una que otra frase, plagada de barbarismos, en que destroza la gramática y revela á las claras su origen francés. ¿Cómo podrá evangelizar? ¿Cómo substraerse á las persecuciones y pasar desapercibido en un país en que el ser extranjero es delito mayor que el ser cristiano?

En efecto, están vigentes en China las leyes más atroces contra la verdadera religión. Sin embargo, ni siempre se aplican, ni es igual el rigor en todas las provincias del vastísimo Imperio. Como sucede generalmente en las naciones no bien civilizadas, todo se deja al arbitrio de los funcionarios; y aunque á cada paso se invoque la ley, el capricho del que manda es en realidad la norma suprema. ¡Estado quizá más funesto que una abierta persecución! Sin embargo, es deber del ministro del Evangelio aprovecharse de cualquier coyuntura, é introducirse por el más pequeño resquicio, para llevar á cabo su santa misión.

Así se prepara á hacerlo el Padre Perboyre. Dos meses ha pasado en Macao; y sus hermanos, si bien dan testimonio de sus pocos adelantos en la lengua del país, admiran cada día más y más sus virtudes, y no dudan

que el Señor repetirá en él los milagros obrados en los primeros apóstoles y en Francisco Javier, y le dará juntamente con el dón de lenguas la robustez de cuerpo y la salud indispensables á sus evangélicas labores. Se le asigna un puesto bien difícil en el centro de la China, en la provincia de Ho-Nan, y se le pone á bordo de una barca tripulada en parte por cristianos; pero en que no faltan marineros paganos, á los cuales es preciso ocultar su origen europeo, su carácter sacerdotal, sus prácticas católicas.

Perdonad, Señores, si excito por ventura vuestra hilaridad; pero no puedo menos que describiros su figura y su traje, durante su larga peregrinación. Imaginaos al religioso, y al francés, trocada la sotana por la flotante y variada vestidura chinesca, la cabeza y la poblada barba meridional afeitadas, y los labios y la coronilla adornados respectivamente con el bigote y la luen-ga trenza característica de los hijos del Celeste Imperio. Fácil es el cambio de traje; pero los modales, el grave continente, la modesta mirada, el aspecto europeo no pueden modificarse, y se revelan más vivamente bajo el asiático disfraz. ¡Y es preciso ocultarlo! ¡Y es preciso no ponerlo en ocasión de que su torpe lengua lo descubra!

Así es que durante la navegación va casi siempre encerrado en el fondo del reducido camarote. Hay ante todo que llegar á la extremidad septentrional del To-Kien, y primero costean-do, y luego aprovechándose de los ríos tan caudalosos y abundantes en el país, hacer por agua la mayor parte del camino. De día no es tan grande el peligro; pero al caer la tarde hay que abrigar-

se en alguna ensenada, adonde concurren infinidad de barcas, y en que se recibe indudablemente la visita de algún mandarín. Entonces hay que esconder entre colchones ó mercancías al mal disfrazado misionero; y esto dura dos largos meses. Aún le faltan otros tres para llegar á su destino; pero aquí el viaje es más variado, si bien más fatigoso, y consolador aunque no exento de peligros. Ya en barca, ya en carreta, ya á pie, recorre los centenares de millas que aún lo separan de su lejana misión. "Atravesando un país (son sus propias palabras) de que no podemos ni hablar la lengua ni imitar bien las costumbres, y cuya entrada está prohibida bajo pena de muerte á todo europeo, hemos caminado al principio con la incertidumbre y reserva de quien marcha sobre terreno movedizo. Nunca nos ha faltado la confianza en Dios."

En algunos de los pueblos que visita encuentra la religión cristiana tolerada por prudentes funcionarios, y practicada no sólo en los templos, sino en las calles y en las plazas. En otras, que el Señor ha castigado, como á Israel en otro tiempo, dándole por magistrados niños necios é imbéciles, *dabo regem puerum*, que creen que el Imperio se va á desmoronar porque unos cuantos fieles elevan al Señor públicas oraciones, tienen él y los cristianos todos que ocultarse. Por otros parajes, en fin, en que hay un principio de persecución, es fuerza pasar como sobre ascuas, y escapar á lugares más seguros. ¡Qué trabajo le cuestan las largas caminatas á pie y sin comer! Se tiene que sentar á cada paso, trepar las montañas asiéndose con las manos de riscos y raíces; pero nada le arredra. "Hasta con los dientes me hubiera ayu-

dado (escribe á uno de sus hermanos) por seguir el camino que me trazara la Providencia." Llega á su destino; pero no cesan las expediciones y las fatigas. Vastísimo es el territorio que tiene que evangelizar: las cristiandades están desparramadas aquí y allí, y es preciso visitarlas todas, administrar en todas los sacramentos, predicar en todas la divina palabra. Gran consuelo le causa el encontrar por dondequiera cristianos que conservan su fe en medio del paganismo; pero ¡qué tristeza el ver la ignorancia de tantos, la superstición y la mezcla de prácticas paganas y vicios gentílicos con las doctrinas de nuestra adorable religión!

No bastan para probarlo tantas labores y tamañas fatigas. El Señor quiere que su alma y su cuerpo pasen por un crisol que más y más purifique á su siervo. Le manda grave enfermedad tras una desolación de espíritu peor mil veces que todas las dolencias corporales.

Se encuentra hace ya tiempo en la misión del Hou-Pé, apacentando un rebaño de dos mil cristianos fervientes, pero tan pobres, que ningún socorro pueden dar á su pastor. Habita una choza malsana, duerme sobre la dura tierra, se alimenta con arroz y escasas hierbas cocidas sin sal. Á estas privaciones añade duras penitencias. Lleva ceñido áspero cilicio, se aplica sangrientas disciplinas; y devorado por infinitos insectos de todo género, lejos de ahuyentarlos, los busca, y los atrae, y los nutre de buena gana con su sangre, mirándolos como instrumentos sobrenaturales de mortificación.

En medio de una vida tan santa, he aquí que lo asaltan, como en otro tiempo á San Francisco de Sales, horribles pensamientos de desesperación. Se le figura que

su nombre ha sido borrado del libro de los escogidos; que de nada le sirven sus fatigas y privaciones, sus penitencias y buenas obras. Está condenado sin remedio. Ya no es Dios el padre amante de otros años, sino un juez severo é inexorable. El crucifijo á cuyos pies pasa largas horas, en vez de darle consuelos permanece mudo; ó de cada una de sus llagas sale una voz que le dice: "Judas, cesa de darme en el divino sacrificio el ósculo traidor: castiga con tu propia mano tus crímenes mientras vas á arder en el infierno."

¡Ah! Con razón su cuerpo se va demacrando, y lo conduce atroz enfermedad al borde del sepulcro. ¿Qué será de él si el Señor no le manda extraordinario consuelo? Él mismo se digna aparecérselo enclavado á la cruz, y lanzándole dulce y amorosa mirada: "¿Qué temes? (le dice). ¿No he muerto por tí? Introduce tu mano en mi costado y no temas ya más por tu salvación."

Ahora sí, ya está el siervo de Dios maduro para el martirio. El Señor que lo ha ido desde la infancia modelando á su imagen, va á estampar en él más vivamente su efigie, y á hacer de su pasión el retrato de su pasión. Estas últimas tentaciones y consuelos han sido como la *oración del huerto*. Vamos á ver la traición de Judas, la prisión, los azotes, la inicua sentencia, la muerte de cruz y entre dos ladrones, reproducidas en los sufrimientos y suplicios del Bienaventurado Juan Gabriel Perboyre.

II

Al describir el martirio del heroe cuya santa vida os vengo trazando, me perdonaréis, señores, si os presento cuadros demasiado *realistas* (como hoy se denominan) y toco puntos algo *escabrosos*. Si las *musas embellecen cuanto tocan* (según el antiguo adagio pagano), ¿no será lícito á un predicador evangélico penetrar al fondo de inmunda mazmorra y mostrar sin rebozo sus miserias materiales y morales, sin que su lengua se manche, ni se lastimen los oídos de los fieles? ¡Que todo sea para gloria de Dios, honra de su siervo y edificación vuestra!

Estamos á 15 de Septiembre de 1839. El Padre Perboyre tiene 37 años de edad y ha trabajado tres en las misiones del Ho-Nan, y del Hou-Pé. La paz religiosa parece que sigue imperturbable en este último lugar, y con esa confianza se han reunido los cristianos y varios misioneros en la pequeña capilla de Tcha-Yuen-Keon, á celebrar el Dulce Nombre de María. Mas ¡ay! las leyes de persecución no se han derogado: la tolerancia depende de la mudable voluntad del mandarín, y ésta ha cambiado de repente, como vemos que cambian los vientos.

La persecución se desata; y conducidos por un traidor, interrumpen varios mandarines y una fuerza armada la sacra función. Huyen ligeros los otros sacerdotes; se dispersa la turba: el siervo de Dios es el último en esca-

par, y sus pies delicados siempre, apenas le permiten ocultarse en un bosque cercano. Allí se repite al día siguiente la dolorosa escena de Getsemaní. Un neófito lo descubre por el vil precio de treinta monedas, y de repente los soldados penetran en el bosque y hacen toda fuga imposible. También allí un nuevo Pedro pregunta á su pastor: ¿Repelemos la fuerza con la fuerza? Somos superiores en número y venceremos, *si percutimus gladio?* No lo permite el siervo de Dios, y él y sus cristianos se entregan como mansos corderos.

Asiéndolo por la trenza chinesca que no ha dejado de portar, lo arrastran hasta la cima de una montaña, donde lo despojan de sus vestiduras, dejándole apenas unos harapos con que mal cubrir su desnudez. Da compasión verlo en el primer interrogatorio á que lo sujetan, ante el mandarín civil de Kouang-In-Tam. Gruesa cadena circunda su cuello; sus manos están atadas por la espalda, y lo rodean inicuos satélites que le tiran las orejas ó los cabellos á cada instante, para que mire á su juez ante el cual está de rodillas. Con sin igual mansedumbre contesta la verdad, aunque sabe que el confesarse europeo y misionero, equivale á pronunciar su sentencia de muerte. Se le carga de nuevas cadenas y se le encomienda su custodia á un monstruo cuya crueldad proverbial le ha granjeado el nombre de *Tigre*.

Como Cristo fué llevado de un juez á otro juez, así Juan Gabriel es conducido para sufrir un nuevo interrogatorio á la ciudad, harto lejana de Kon-Tchen-Kieng. Imposible recorrer á pie semejante distancia. Si sano, libre, y lleno de fervor le eran tan penosas las marchas, ¿cómo caminar ahora, estenuado por el hambre, con el

cuerpo todo magullado y agobiado con el peso de las cadenas? Entre los muchos paganos que se burlan y lo escarnecen, uno, movido á compasión, como la Verónica en la calle de la Amargura, lo hace transportar en litera. ¡Dichoso pagano! Tu caritativa acción no quedará sin recompensa. Apenas haya entrado al reino de los cielos aquel á quien has socorrido en su infortunio, te obtendrá del Todopoderoso la gracia del bautismo en tu lecho de muerte, y recibirás en la gloria eterna recompensa.

Más crueles tormentos le aguardan en Kon-Tchen-Kieng. El silencio que guarda ante el mandarín militar irrita á éste al grado que lo manda abofetear y castigar con cien azotes. El mandarín civil lo escarnece, le pregunta si los santos óleos son el agua por él exprimida de los ojos de los niños de China, lo excita á la apostasía, y á propósito de una virgen cristiana aprehendida en la misma persecución, se le acusa de vergonzosos delitos.

Cuando debe callar, calla el santo, á semejanza de su divino Maestro. Cuando debe responder contesta con precisión y entereza, ¡y por fin exclama valeroso: "tendré á suma dicha morir por la fe." Cuarenta golpes en los carrillos, con una ancha correa, recompensan esta réplica varonil, y con el rostro amoratado é hinchado, es sumergido en horrible mazmorra.

Señor, Señor, ten compasión de tu siervo. Pon ya en su diestra la palma que tan bien ha ganado. Ya lo has hecho pasar por el crisol, y lo has encontrado digno de tí. ¿Qué tardas en abrirle el paraíso?

¡Ah, no! Mayores luchas se te reservan por la fe, co-